



COMENTARIO A CALANDRÓN, SABRINA: *GÉNERO Y SEXUALIDAD EN LA POLICÍA BONAERENSE*, SAN MARTÍN: UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SAN MARTÍN, 2014, 208 PÁGINAS.

Inés Oleastro
UNQ—CONICET

¿Es la policía una institución impenetrable? ¿es la policía una burocracia ininteligible? ¿hay algo por fuera de la institución policial como agencia represiva del Estado? Sabrina Calandrón nos invita a acercarnos al espacio policial con una pregunta poco común: aquella que indaga sobre el género y la sexualidad. Preocupados por los secretos inquebrantables de su mundo, los policías taparon los recovecos de las armas y la

violencia para mostrarse frente a una nueva extraña: una antropóloga. Sin embargo, el verdadero interés de la autora estaba puesto en otro lado, el de sus relaciones personales y laborales, el de las emociones que circulan en una comisaría y en el trabajo policial en general. Así, dejaron entrever sus vínculos sexuales, sus valoraciones morales, su concepción de la profesión y allí estuvo Calandrón para recabar en su libreta de campo dos años de visitas a dos comisarías de la provincia de Buenos Aires: French y Guevara.

Estudiar la policía desde una perspectiva de géneros es un desafío analítico, sobre todo en el abordaje al que nos invita este libro. En este caso, la perspectiva de géneros se sustenta en un acercamiento a las diferenciaciones, relaciones y vínculos entre mujeres y varones de la Policía Bonaerense (PPBA), atendiendo a dimensiones como las emociones, los afectos y las sexualidades. Gracias a la perspectiva etnográfica que pone en práctica la autora, privilegiando y dejándose llevar por el punto de vista nativo/a, los sentidos y los discursos policiales son aquí fieles reconstrucciones de “la vida” en la comisaría.

Así, Calandrón nos introduce en el desafío de correr los límites de las estandarizadas lecturas políticas de las fuerzas de seguridad y de la violencia pensada unilateralmente, para poder comprender

los usos cotidianos de esa fuerza, la construcción de lazos en las dos comisarías y la forma en que los/as policías transitan su profesión. Las diferencias de géneros son pensadas a partir de la moralización de la profesión policial; es decir, a partir de la pregunta entre el despliegue profesional, el deber ser y los sentidos alrededor del trabajo de mujeres y varones de la PPBA.

Siguiendo por este camino, la autora nos invita a un pormenorizado estudio sobre los desenvolvimientos cotidianos en las comisarías, atendiendo especialmente a la idea de profesionalización y a las evaluaciones morales que se ponen en juego. Así, lo que este libro propone pensar son las relaciones y prácticas para ver las habilidades, cualidades y destrezas que permiten ejercer esa profesión y cuáles no. Uno de los principales aportes de este libro es el de superar cualquier lectura lineal de la incorporación de mujeres a la policía, como mera cuestión numérica y como lectura esencialista del género, para adentrarnos en los sentidos, usos y prácticas cotidianas de las vinculaciones que se abren a partir de la presencia diaria de estas mujeres en las comisarías. Así, un estudio de géneros y sexualidad en la policía, tal cual lo plantea Calandrón, implica un abordaje de relaciones, emociones y prácticas de varones y mujeres en ese espacio laboral y en vinculación con sus vidas por fuera de las comisarías.

La incorporación de las mujeres a la policía es un evento histórico reconocido por los/as nativos/as, y Calandrón sugiere pensarlo desde el espacio laboral en vinculación con la “vida privada” de esos/as policías. Las dimensiones de la sexualidad y la eroticidad ocupan un lugar central en este trabajo: varones y mujeres que juzgan negativamente las relaciones sexo-afectivas entre compañeros pero que, sin embargo, son parte de ellas a partir de la concepción de “excepcionalidades”. La sexualidad circula en las comisarías y afecta el transcurso laboral, los roles al interior de estas e incluso las tareas a desenvolver. Estos movimientos congregan categorías morales que involucran la dimensión laboral y la íntima o de la sexualidad de manera fundamental: *tira vigis, marcelitas y asquerosos*, se distinguen entre los pasillos de French y Guevara como categorías morales que vinculan las prácticas sexuales y los roles laborales. La alusión a las prácticas sexuales en relación a los quehaceres profesionales y las destrezas, como puede ser la expresión de Jimena *mostrar el arma es como mostrar el culo*, nos llevan a los parámetros en que los/as policías viven y experimentan la sexualidad, porque, como dice Nora: *acá adentro todo tiene que ver con garchar*.

Las relaciones sexuales son materia pública e incluso de distinción. La autonomía y audacia sexual, dice

Calandrón, son reconocidas como la capacidad de tener audacia profesional. Así, la autora discute con la idea de división tajante entre esferas pública y esfera privada para argumentar que, en su campo, la actividad sexual y amorosa de los/as nativos/as era crucial en el desenvolvimiento laboral. La moralidad cobra aquí un sentido interesante entre las responsabilidades y tareas de la comisaría, de la calle e incluso en la vida personal de cada policía.

La imposición, la fuerza legítima y el respeto son estrategias en relación con distintos actores/as que entran en juego en el trabajo policial. Actores externos, como detenidos/as, autoridades, políticos, profesionales; como internos, compañeros/as de la comisaría. La jerarquía, entonces, no sólo tiene su dimensión formal y tan relevante para PPBA, sino también una dimensión moral. La sexualidad y la familia tienen lugar crucial porque designan valores deseables y no deseables para lo que implica ser un/a buen/a policía, aquí sí con distinción de géneros.

En la propia reconstrucción del espacio laboral, para los/as nativos/as es crucial la distinción con el espacio del hogar, familiar, como si estos tuviesen lógicas notoriamente contrarias, de las cuales hay que resguardar al segundo del primero. La noción del quiebre de la comisaría contra

la unión de la familia les permite a mujeres y varones mantener un equilibrio al menos discursivo entre ambos espacios, pero sobre todo como un valor moral que ubica a la familia en el deber ser lejos del egoísmo. Estas concepciones del ideal del hogar se sustentan sobre todo en ideas de crianza, de amor romántico y felicidad de los/as integrantes y en ciertas distinciones entre la maternidad y la paternidad. Los valores morales prestigiosos son, entonces, ubicados en el espacio hogareño y en el resguardo y el cuidado de este.

Calandrón dispone un recorrido de análisis más que interesante, porque pone en juego el género en la policía más allá de la incorporación o el rol específico de las mujeres a las fuerzas. La feminidad y la masculinidad no será entonces una estandarizada distinción entre mujeres y varones, que se dispone de manera tajante y estructurada. Veremos aquí que las mujeres pueden desarrollar distintos despliegues y estrategias que se vinculan con el ejercicio profesional policial que en otros ámbitos se correrían de los parámetros de *las feminidades*. Sin embargo, el uso de la fuerza diferenciado por géneros es más una herramienta de intervención que un impedimento para sentirse *femenina*. Conseguimos ver que las mujeres policías se mueven en abanicos de acciones heterogéneas que no se corren de los estándares morales del ejercicio laboral. En

este sentido, sí existe para la autora un uso *generalizado* de la fuerza física, sin por eso poner en un lugar de debilidad y fragilidad a las mujeres en esa tarea.

Las emociones tienen también un lugar privilegiado en el análisis que la autora nos propone, fundamentalmente porque así lo ha encontrado en la práctica. Entonces, en el abordaje de las problemáticas con las que se enfrenta la comisaría, las emociones son muchas veces la estrategia para resolver y dar respuesta cuando los reglamentos no alcanzan. Esto se puede ver sobre todo en la comisaría de Guevara, encargada de recibir denuncias por violencia de género. El libro entonces propone indagar acerca de las manifestaciones morales de esas emociones en los/as trabajadores/as de estas comisarías, como parte fundamental de su ejercicio laboral. Allí, la distinción de género tendrá también preponderancia y es analizada por teorías nativas que hablan de la falta de las sensibilidades especiales de varones por una cuestión de género o por una cuestión institucional de formación. Esa *sensibilidad* de la que hablan en la comisaría involucra la empatía de trabajar en casos que implican muchos niveles de violencia, interpelación y complejidad. En esas situaciones, había distinciones entre mujeres y varones, cuando había niños/as involucrados y en el tipo de respuesta por parte de las “víctimas”.

El humor y los chistes se volvían así una estrategia de supervivencia en comisarías como Guevara para poder salir de la tensión constante que implicaban las denuncias. Muchas veces, se apelaba también a las emociones de las mujeres denunciadas como estrategia para que reaccionen en la práctica resolutoria del conflicto que manifestaban, poniendo por ejemplo en evidencia la amenaza de muerte a la que estaba inscripta por su agresor.

El trabajo policial, implica desde el inicio para sus aspirantes una salida laboral estable, una relación económica a largo plazo y con posibilidad de hacer carrera, de mejorar. Sin embargo, con el pasar del tiempo, vemos en las líneas de Calandrón que mujeres y varones de la PPBA desenvuelven una vida alrededor de la institución: donde empieza la vida privada empieza la vida pública y viceversa. Amores, relaciones sexuales, amigos/as, compañeros/as y mucho pero mucho tiempo invertido no solo al servicio sino al espacio policial y las relaciones que de allí se desprenden. *Vivir en la comisaría*, era una expresión cotidiana frente a las largas jornadas laborales, pero en algunos casos como el de Sandra, absolutamente literal. Así, ese trabajo formal y estable se entrelaza con versiones más flexibles y más informales de lo laboral.

Entre los estudios de géneros, emociones y sexualidades, podemos ubicar

este libro para discutir los márgenes de la *vida policial* y la *vida civil* de policías mujeres y varones en su propio desenvolverse diario. La forma en que estos/as tramitan sus emociones y sus afectos, en las vinculaciones en la comisaría y por fuera de ella, nos muestra la importancia de dimensiones que en otras ocasiones se vinculan con la esfera privada y que, en este caso, Calandrón nos invita a pensar de forma inseparable con la profesión policial.

Pensar la moralidad con diferencias de géneros es poner en relación una estructura de poder en vinculación con normas morales regulatorias de acciones, es por eso que la autora nos invita al análisis práctico de esa distinción. Las categorías y valoraciones morales son, en el desenvolvimiento cotidiano, estructurantes de dinámicas, vínculos y prácticas. Así, la autora nos muestra el camino para pensar las buenas y malas formas de ser policía, atravesadas por variables de géneros, pero comprendiendo la complejidad que esas tienen en relación al trabajo entendido en sentido amplio: ser buen policía es también ser buena madre, ser buen padre, mantener valores familiares y de confianza, mantenerse sexualmente activo/a, ser *viva*, entre otros. Lo crucial del libro, al fin y al cabo, es que a partir de los usos y las prácticas nativas Calandrón recaba la riqueza analítica que

propone y nos acerca a la vida cotidiana de sus nativos/as.